

EL SECRETO INDIGENA DE LOS TERROMOTOS CHILENOS



EL SECRETO INDIGENA DE LOS TERROMOTOS CHILENOS

***Subir para Ser: el camino de Chile y de las
naciones andinas***

Por *Ziley Mora Penrose* (*)

Chile es una terraza volcánica imposible. Un territorio-nación que vive en los bordes de una placa rocosa y de cara a los abismos de otra: una rareza de habitar, sólo a condición de asumirse como siempre “en tránsito”, desde la precariedad de una vida no definitiva y en construcción constante, como si el país hubiese sido concebido como un largo y angosto camino para solo “pasar” hacia las grutas de lo alto, en una constante y eterna transhumancia. “*Chile es una especie de terraza, una terraza infinita, infinitamente larga y angosta, al borde de un océano gigantesco. Esta es una proposición de infinito que es hecha a los chilenos, que ha debido darles una originalidad profunda....*”, nos recordaba el escritor francés André Frossard al

conocer el país el año 1987¹[1]. Pero la tentación es quedarse en estas tan atractivas costas (lo eran más aún -y en grado superlativo- antes del “progreso europeo”, y particularmente por su aromática selva valdiviana que casi cubría todo el territorio). Su “loca geografía” una curiosidad de la naturaleza: es un país instalado en una cornisa de roca con salida y vista al mar, inestable plataforma que pende como un balcón desde la alta cordillera andina que no deja de crecer y crecer. Porque la placa de Nazca del fondo del lecho marino empuja a la placa terrestre de sus costas metiéndose por debajo como una cuña gigantesca y obligándola a subir. Desde hace milenios, la dicha placa de Nazca, a la altura del Ecuador por el norte y hasta los hielos de Aysen por el sur, avanza hacia el continente, a su vez que la placa Sudamericana lo hace hacia el océano. En esa “pelea de titanes” – como tan curiosamente lo ha llamado una periodista científica chilena por estos días- la de Nazca “agacha su nariz para pasar por debajo de la Sudamericana, levantando a ésta última. En el punto de contacto entre ambas se genera un plano de 23 grados”.²[2] El mismo Concepción hoy (luego del cataclismo del 27 febrero del 2010) se ha movido más de tres metros de su antigua posición y levantado otros dos. En esta hora, en que de nuevo toda la modernidad parece caer (techos, construcciones, antenas satelitales, puentes...) no nos damos cuenta de lo esencial.

1

2



-

Porque a pesar que nuestros ojos todo lo ven en el suelo, lo que en realidad ocurre es que *todo apunta a subir*. Y esto es justamente lo que desde el fondo del tiempo, desde el fecundo útero del mito arcaico, saben los viejos *kimches* (sabios) mapuche (principal etnia del centro-sur de Chile) y que nos vienen repitiendo: en el mito mapuche de Kay-Kay y Treng-Treng. En substancia este mito afirma que en estas tierras habrá una lucha eterna entre la serpiente de lo marítimo-bajo-húmedo (Kay-Kay) contra la serpiente de lo terrestre-alto-solar (Treng-Treng). El mito afirma que cíclicamente la serpiente de las aguas intentarán anegar los montes sagrados para obligar a sus habitantes a evolucionar y subir hacia las cimas secas, empujándolos a que habiten donde les corresponden: muy cerca “de los dominios del sol”. Pero estos lugares altos, para contrarrestar el apetito de destrucción de la serpiente de las aguas, subirán más aún, estirándose unas puntas de tierra y roca hacia arriba, nunca dejándose atrapar totalmente, salvando así a un puñado de humanos despiertos. De lo contrario, Kay-Kay transformará a la mayoría de la masa indolente y poco vigilada de la costa (al respecto, es muy curioso que el cerro costero más alto de Concepción se llame *Chepe*, del mapudungun *threpe*, “despierto”,), en peces y oscuros animales

marinos, tal como lo registrara la primera versión del mito que corresponde al cronista jesuita Diego de Rosales, hacia fines del 1500. Vale decir, según este mito, *el precio de no subir es la involución, la degradación de la humanidad*. Conviene apuntar a aquí que en la zona de Arauco y en la región de la Araucanía hay unos cuantos cerros sagrados que llevan el nombre de Treng-Treng, sitios de profunda significación sagrada para las actuales comunidades mapuches. También conviene recordar que en el antiguo Egipto, el primer islote de “entropía negativa”, el primer signo de orden vencedor del oscuro caos primordial de las aguas, es una montaña puntiaguda que emerge como protopirámide y residencia de los ocho primeros dioses -la Ogdoada- llamada extraña y coincidentemente *Beng-Beng...* Allí mismo , y sobre ese único triángulo seco que luego de servir de sede para “el aterrizaje” del panteón divino del Alto Egipto, cobijando como un útero de piedra a los hombres-dioses, llegará a posarse “el pájaro Beng-Beng”, el ave sagrada símbolo de la reinención y el nacimiento evolutivo constante del iniciado, que luego pasaría a conocerse como el Ave Fénix, por su resiliente poder de renacer desde sus propias cenizas.



Este fenómeno de la lucha cíclica de ambas serpientes, según el texto oral del mito, ya se ha repetido en otras épocas remotas, donde solo uso muy pocos elegidos, subieron a las cumbres. El mito les previno que lo hicieran ligeros de equipaje, en pareja, de a cuatro, dos parejas de jóvenes (fuerza) y dos parejas de ancianos (sabiduría), la simbólica representación de las “cuatro personas divinas de la *Füta Newen*, “la Gran Energía”, es decir, la Tetralogía sagrada, el Ser Supremo mapuche. El único utensilio tecnológico prescrito para el viaje ascendente es una vasija de madera, con la expresa indicación de llevarla “como olla” sobre sus cabezas, en la posición utilitaria, es decir, no de casco o “de sombrero”, como lo indicaría una lógica de emergencia. Y esto para dos fines: para protegerse del fuego y de la luz excesiva que podría abrasarlos a causa de su inaudita cercanía (“nadie puede ver a Dios en directo sin morir”) y, sobretodo, abierta hacia los dones de Arriba, hacia lo Infinito, dispuesto a recoger las gracias e iluminaciones del infinito abismo de Arriba, el *Wenumapu* (literalmente: “la Patria de Arriba” de donde viene la chispa de nuestro *pëllu*, el espíritu personal). Tal sería la razón de mantener dichas vasijas como receptáculo: cambiar el esquema de los frutos de la tierra y de las aguas y ahora acompañarlos de una nueva “dieta”: los rayos del sol y de los mensajes de las estrellas. Porque vivir será ahora, -luego de la gran Crisis del maremoto- un alimentarse con las comunicaciones del Cielo.

-

A esta altura, y aparte de revelarnos un par de trascendentes motivos del sentido de la vida humana (la evolución hacia la Luz de lo Alto) y el por qué venimos a existir como humanos en esta terraza o inestable balcón de tierra volcánica llamada “Chile”, el mito mapuche nos revela el sentido de un desastre, la razón secreta de la catástrofe. Cada vez que ocurra un terremoto o maremoto en la tierra chilena es un una clase magistral de la pedagogía divina reeditada, de la *Füta Newen* cósmica: viene y se produce (¿o se “nos envía”?) para reordenar una falsa existencia que ya no tenía casi nada de humana y que corría el

gran peligro de traicionar su esencia, tornarse en fuerza ciega e involutiva, en alimento para que lo humano sea digerido por los jugos gástricos de los intestinos marinos de Kay-Kay. Dicho sea de paso, en el quechua antiguo del Perú (idioma del cual el *mapudungun* -la “lengua de la tierra” mapuche- exhibe muchos préstamos) *Kay* significa nada menos que “Dios”. Así, todo terremoto o *tsunami* (su ancestral aliado) viene para remediar un olvido ontológico, viene como un justiciero divino cuya misión es sacudirnos y lavarnos de la falsa identidad con que identificamos lo medular de la vida, el apego a los “placeres de la terraza playera”. El Dios Kay-Kay, así, reduplicado como una ola que se renueva, viene más bien a arrastrar a su lecho marino lo que le es suyo, lo que ya le está perteneciendo; es decir su *mafin*, su “pago”, su cuota de hombres que no “califican” o no suben la montaña evolutiva del Treng-Treng, los que se animalizaron (¿en el acuoso y bajo medio de las emociones pervertidas?). Porque solo este sacudón, esa imprevista violencia telúrica para hacer caer los espejismos (¿a quién en Chile alguna vez no se le ha quebrado un espejo?) y una vez despojados de las mentirosas falsas prioridades, puede hacernos marchar hacia los cerros sagrados del Tren-Treng, símbolo del *Wenumapu*, “la patria de Arriba”. (Entonces ¿cómo no acordarse, a esta altura, de la aseveración de Novalis, el romántico alemán, que una vez dijera con ancestral intuición que “*cada desastre de la naturaleza es el recuerdo de una patria superior*”?). También –y dicho sea de paso- el origen latino de la palabra “desastre”, tiene que ver con “descaminarse de la ruta del astro”, de la singladura de la propia estrella. Es decir, caemos en el desastre cuando nos apartamos de nuestro astro propio, cuando dejamos de conectarnos con el mundo superior de nuestra misión, de *nuestra* estrella singular...



-

Las catástrofes vienen sincronizadas con la vibración del alma humana

A la luz de las evidencias sísmico-geológicas, tan cercanas a cualquiera por lo abundantes en la realidad histórica de Chile, y de la profusión de datos etnográficos recogidos por este autor durante casi veinte años en la zona indígena del centro-sur de Chile, nuestra tesis es que podemos afirmar que la visión indígena de los terremotos es ultramoderna (más allá de esta postmodernidad), hipercientífica, y “cuántica”, en cuanto que ella da cuenta de los enlaces infinitesimales entre las vibraciones humanas y las vibraciones geológicas (éstas últimas capaces de ser inducidas o bien bloqueadas por aquellas). En su tan valiosa y monumental obra *“Viaje de un naturalista alrededor del mundo”* de CHARLES DARWIN, éste prominente investigador inglés registra unos más que preciosos detalles etnográficos en los cuales subyacen una buena síntesis de la visión y del “secreto” mapuche de los terremotos, misma que en la década de los ochenta yo verificara personalmente entre las comunidades indígenas de el sector andino de la Araucanía. En ella -y con ocasión de ser el científico inglés testigo de los desoladores vestigios del reciente e inmenso maremoto y terremoto sufrido por las gentes de Talcahuano, el 20 de febrero de

1835- adelantémoslo, se nos asoma una más que apasionante mirada de la realidad humana y geológica, percibida ambas -por las gentes del Chile de antaño- en íntima asociación, unidad y comunicación. Es decir, desde lo arcaico –y ya mucho antes que científicos como Francisco Varela y Humberto Maturana, en nada casual “chilenos” de nacionalidad- se nos confirmaría la premisa más importante de las recientes ciencias cognitivas: el mundo humano *decide* la realidad, el mundo de la realidad circundante, ya que éste *emerge* de aquel, porque el yo humano, en la activa construcción de su mundo y realidad, siempre tendrá “velas en ese entierro”. Se trata de un par de citas darwinianas de ese viaje, fundamentales, que me movieron a redactar este ensayo (unas citas cuyas notas personales también tienen una historia muy curiosa y extrañamente ligada a los terremotos ³[3]), citas claves para este capítulo fundamental que busca rescatar un olvidado rasgo de la sabiduría ancestral. Estimo que estas apuntes de Darwin aluden al núcleo del fenómeno; es decir dan cuenta del por qué se producen los terremotos, la causa humana generadora – o al menos activadora y potenciadora- de dichos gigantescos desequilibrios telúricos. Darwin, desde la oralidad indígena de los lugareños, registra que ese terremoto fue evitado en una zona del país, en Chiloé , porque allí no se taponaron los volcanes de la zona, lo que sí habría ocurrido más al norte, en Concepción-Talcahuano, precisamente a causa de una acción humana –siempre generada de mundos intencionales- que linda con una muy consciente intervención mágica, el evento secreto que ocasionaría el cataclismo. Vamos a la primera cita :

-

“En ese lugar [en dos volcanes cordilleranos frente a Chiloé], una erupción se produjo, pues, en vez de un terremoto, cosa que hubiera ocurrido en Concepción si según lo pensaban las buenas gentes de

esta ciudad, unas hechiceras no hubieran tapado el cráter del volcán Antuco [que está en el sector cordillerano frente a esa ciudad].^[4]

-

Para el mundo mapuche, la erupción volcánica es la natural salida de “la menstruación de la tierra” (significado de *kuyentun kitral mapu*, traducción etimológica del vocablo “erupción”) y cuyo flujo periódico mantendría a raya la irrupción de los terremotos. Porque la noción indígena, desde siempre ha sido considerar que los constantes movimientos telúricos se acumularían demasiado peligrosamente si no tuvieran su natural “desahogo” por las chimeneas de los abundantes y activos volcanes andinos. Allí en Talcahuano, Darwin recogía datos de este tipo, datos que aludían a la acumulación de la energía: “*la mar se pone negra y empieza a hervir...*”⁴**[5]**. Y también una pista enormemente valiosas para él y para los indígenas mapuche, a quienes éstas evidencias naturales les persuadía a rehuir las casas cuadradas que los misioneros les obligaban ocupar en los llamados “pueblos de indios”, y así seguir ellos habitando sus tradicionales viviendas circulares, como la *ruka*, ¿La razón? : la evidencia que allí el inglés pudo constatar y registrar testimonios como el del “*desplazamiento de las piedras en sentido circular...*”⁵**[6]**; en espiral, del mismo modo como un recién nacido trabaja para llegar a este mundo, de acuerdo al modo como se mueve en el estrecho canal del parto y como las caderas de su

[4]

madre en el acto de su engendramiento...Porque sobre la femenina tierra, lo más estable en el universo sería el círculo.⁶[7]

Y cuando los ojos del gran científico todavía podían contemplar los aún tan recientes y devastadores efectos del maremoto, he aquí la explicación todavía más precisa que nos retransmite Darwin respecto del origen oculto de ese gran cataclismo, oída casi “en caliente”, prácticamente retransmitida “en directo y encima” del paradigma indígena del antiguo Chile :

-

“Las clases inferiores, en Talcahuano, estaban persuadidas de que el terremoto provenía de que las ancianas indias que habían sufrido algún ultraje dos años antes⁷[8], habían cerrado el volcán Antuco. Esta explicación, por ridícula que pueda ser, no deja de ser curiosa, prueba en efecto, que la experiencia enseña a esos ignorantes que existe una relación entre la cesación de los fenómenos volcánicos y el terremoto. En el punto en que cesa su percepción de la causa y del efecto, invocan el socorro de la magia para explicar el cierre de la válvula volcánica.”^[9]

-

Dejando fuera los juicios descalificatorios del inglés por los indígenas como “clase inferior”, en la base de esta concepción mapuche de los terremotos y esbozada por el valioso apunte de Darwin, habría entonces un factor humano detonador, acelerador o causante de las fuerzas telúricas y que influiría en provocar la

6

7

[9]

manifestación de un terremoto. Las emociones humanas, las emociones negativas serían entonces el núcleo básico que acumularía o “taponaría” los ductos naturales de la energía de la tierra. Esta se vería simpáticamente estimulada, y en particular por el tipo de emociones del mundo femenino con quien la tierra tiene especial afinidad⁸[10]. Y si lo femenino es capaz de “provocar” (con la rabia de un ultraje, por ejemplo) su propio poder también contendría la capacidad inversa, es decir, de detener el terremoto, la de mover los elementos y hacer que tierras, aguas, vientos y fuego regresen a su orden. Es el caso de los ritos propiciatorios para “obligar” a las partículas de la tierra a que todo vuelva a su cauce, a que las aguas se aclaren y brille de nuevo la serena luz del sol sobre las flores. Se trataría de otro tipo de magia, de otro tipo de saber que ciertas *machis*, ciertas mujeres chamanes, que conocen el secreto de las aguas, que son capaces de hacer “brotar fuego en círculo desde la tierra”, también dispondrían del poder de calmarlo vía un *canje propiciatorio*, ya sea con sus dotes acerca del manejo del poder contenido en su verbo exorcista y/o con su sabiduría milenaria de los secretos de la naturaleza (la posesión o dominio de sus “enlaces finos”, cuánticos), al conocer como se “canjea” o “compensa” un gran desequilibrio. Es decir, con la posesión y manejo útil de un tipo de conocimiento secreto como el que acompaña a ciertos ayunos y a ciertas prácticas solitarias que algunas mujeres hacen en lo más sombrío y solitario de los bosques y en ciertas altas grutas de los cerros cordilleranos (*chenkes*, *kuramalal*, etc.)⁹[11].

8

9



-

Así tenemos , que el aporte mapuche que confronta (a todos por igual) tanto a la sismología académica o al manejo científico-preventivo del desastre natural, como a “la profecía apocalíptica”, a la “predicción maya del 2012” o la “ciencia” esotérica y escatológica de los actuales Nostradamus, va por el siguiente aserto o proposición: *Las catástrofes vendrían sincronizadas con la vibración del alma humana; y si en ellas se ubican sus gérmenes remotos o causas detonadoras, también desde ellas se pueden operar y detener sus efectos.* Tal es la misma percepción intuitiva en la que coincide notablemente el aporte de un por entonces joven escritor chileno, quien el año 1939 escribía con asombrado respeto hacia a la Madre Naturaleza, luego de atravesar por tren la derrumbada ciudad de Chillán (donde curiosamente, el 11 de marzo reciente también este autor inició la escritura de este artículo) y donde fallecerían más de 35.000 personas a causa de un también gigantesco terremoto:

-

“La tierra se modifica bajo el influjo de la mente humana en su acontecer profundo. El hombre desconoce el poder que tiene sobre la naturaleza y sus fenómenos. Si los hombres cambiaran, la tierra también lo haría. ¿El cinturón de fuego del Pacífico apagaría sus

volcanes, si el chileno encontrara una salida sublimadora de sus dramas subconscientes? ¿Si en lugar de hundirse en la derrota moral, se elevara sobre sí mismo hasta alcanzar las cumbres del Espíritu, desaparecerían las catástrofes periódicas y se alejaría para siempre el terremoto?”^[12]

-

Y dado que según antiguas tradiciones –no solo indígenas- sino también hindúes, asiáticas y del viejo Medio Oriente, al ser la Tierra es un organismo vivo, Miguel Serrano, el autor de dicha cita, la asocia con el organismo vivo del cuerpo humano, el cual sería imagen de aquella. Serrano pasa a enlazar el mito mapuche de la lucha entre las serpientes Kay-Kay y Tren-Treng con el de la Kundalini de los hindúes, una energía representada por una *serpiente enroscada* en el primero de los chakras del cuerpo humano: círculo energético situado en la zona del perineo y que puede despertarse violentamente (como las pasiones sexuales de la violación de las mujeres indígenas que taponaron el Antuco), generando así consecuencia trágicas. Asimilando entonces la figura del hombre a la figura del mundo terráqueo, se nos impone una lógica ecuación: Kay Kay, la divinidad que agita las aguas y hace temblar la base (o “perineo”) de los montes de Treng-Treng, es la placa de Nazca; es decir es la Kundalini ; vale decir, es la forma serpenteante del cinturón de fuego del Pacífico cuyos respiraderos se asoman en el espinazo andino.

-

Elevarse sobre sí mismos hasta alcanzar las cumbres del Espíritu

-

Tenemos entonces a la vista, que la sabiduría mapuche ancestral, al ver anticipadísima la secreta, sutil e íntima unidad de los mundos humanos (el potencial mental de la alma humana) con las

[12]

fuerzas cósmicas, en cuanto que aquellas serían las originadoras de la realidad, de la organización de la materia y decidoras del destino o derrotero planetario, resultarían, de algún modo, muchísimo menos *supersticiosa* que las subsecuentes tradiciones cristianas y que las científicas que después se irían a adueñar del paradigma mental chileno.

-

Pero existencialmente –y sobre todo en estos tan especiales días- lo importante es que en este Chile que sube y sube no es normal estar vivo...Lo normal es estar muerto, dado la impresionante y abundante recurrencia de catástrofes naturales de todo tipo. Por tanto descubrirse con vida luego de una terremoteada noche, es todo un milagro, un éxtasis, un tipo de fuerza mística que nos debe provocar una inextinguible ansia de cambiar nuestras prácticas, personales y sociales, para así subir a una Pirámide con la vasija de las gracias celestiales abierta, cual una antena receptora al infinito mensaje del Gran Cosmos. Así, se impone que con la Gran Sacudida nos sacudamos también de lo superfluo, de lo superficial que nos atonta y hace borrosa la visión, de las emociones y pensamientos superfluos, nos sacudamos de los paradigmas europeos-occidentales deshumanizadores (hay tanto artificio que daña aquí, en América Latina, que pareciera como si la tierra misma estuviera expulsando sus artificiales implantes, tal como lo es el fetichismo de las tecnologías que, si les rascamos un poquito más allá de su platinado decorado, descubriremos que nos enferman y dejan mas vacía el alma). Hoy en Concepción, como en Haití o en Turquía, quedó más que claro que a la hora en que todo circuito artificial se corta, una botella de agua es más importante que el *I-phone* sin batería, y que un abrazo que a alguien le permite llorar en el hombro amigo es infinitamente más valioso que una Toyota aplastada por los escombros e incapaz allí de ser la más poderosa “todoterreno” del mercado ... Por tanto y apropiándonos del tan lúcido decir venezolano de M. Leonor Terán, en esta catástrofe

chilena, “*el gran regalo envuelto en papel de tragedia es que todo lo que no es Real se cae, y solo puede permanecer lo que verdadero y eterno.*”¹⁰[13] El terremoto –o lo que sea que vendrá- en buena hora nos fisura y agrieta profundamente el mecánico corazón, porque, entre otros bienes, hemos perdido *el poder salvador de las cosas simples, de las cosas sencillas, de los deseos humildes*. Aunque lo increíble de esta experiencia de catástrofe, es que la gente en general (incluida algunos que lo perdieron casi todo) modifica muy poco sus prácticas, y como lo comentara desde Colombia Adriana Acosta “no se da cuenta que el mundo ya no es más el mismo...Y si esto es así ¿por qué insisten continuar con la vida del mismo modo? *Nos resistimos al cambio nos aferramos a lo conocido y eso solo nos hace más dolorosa la realidad...*Mientras más pronto aceptemos lo que *ES* más pronto saldremos adelante”¹¹[14]...más pronto subiremos la Montaña.

-

mundo YA NO ES EL MISMO? por que insisten en continuar con la vida del mismo modo? pienso que entre mas pronto aceptemos lo que ES, mas pronto saldremos adelantemundo YA NO ES EL MISMO? por que insisten en continuar con la vida del mismo modo? pienso que entre mas pronto aceptemos lo que ES

-

Finalmente, podemos resumir que la gran enseñanza que nos lega la ya larga historia de los terremotos chilenos (y no sólo *para* los chilenos), es que *el secreto del hogar humano, el secreto de “la residencia sobre la tierra”, es subir a nacer*, (por usar aquí consciente y real –y no literariamente- el lenguaje de Neruda, nunca más urgente y nunca más pertinente); es decir, *abandonar las “malas*

10

11

casas” que habitamos, las malas moradas del Ser; léanse, las prácticas del apego involutivo propias de nuestras formas inferiores de animalidad: lo fácil, las pasiones que nos rebajan, las perversiones acuosas de la sexualidad (la distorsión desnaturalizada del fuego de Kundalini, que en vez de Eros, se degrada en Thánatos, la libido de muerte) , el fetichismo por las posesiones materiales, la insoportable superficialidad con que se embota sin pena ni gloria el don infinito de la charla y el ocio de la vida, el apetito de rapiña (desatado esta vez en el pillaje y el saqueo -o el de la acumulación antinatural de exceso de bienes muebles- porque antes de la modernidad todo el sencillo pueblo chileno se unía para colaborar, nunca para robarse), etc. . Y si esto no se aprende, la naturaleza nos obligará recurrentemente a empezar desde cero, (en el caso que a la siguiente vez nos deje vivos) tal como la mítica condena de Sísifo, ese titán griego que los dioses lo obligan a levantar mil veces hacia una alta cumbre una pesada piedra, para una vez arriba y después de tanto esfuerzo, ver impotente que otras mil veces se le despeña a la base, para así recomenzar eternamente de nuevo, una vez más, desde abajo hacia arriba... (¿Queremos que la misión de Chile sea la de Sísifo?) Y la realidad, una vez más puesta al desnudo, su verdadero núcleo, es que nos falta evolucionar; la realidad es que la sociedad chilena, muchísimo menos sencilla, menos conectada con lo esencial y menos generosa que aquella casi rural del terremoto-maremoto de Concepción del 1835, desde el punto de vista del “capital social” y del capital de las virtudes, Chile sufre una evidente involución. En palabras de Claudia Urzúa, autora del libro “Chile en los ojos de Darwin”, y que en esto pareciera interpretarlo profundamente, escribe: “También [para el autor de la teoría evolutiva], la conducta más evolucionada no es proclive al egoísmo del “sálvese quien pueda”, sino al altruismo recíproco... porque lo genuinamente humano sería el altruismo dictado desde la honda necesidad”^[15]

[15]



-

Y este Chile –a la vez marítimo y andino, ya que nunca vamos a poder renegar de Kay-Kay y de Treng-Treng- cada par de décadas, su sino geológico y espiritual es subir y subir¹²[16], porque no puede salvarse sino en la altura, tal como la sapiencia de un piloto que, cuando ve que su nave enfrenta turbulencias, debe enfilarse su avión por encima de las nubes en colisión y tormenta, más arriba de lo precario e inestable, allí en la alta ruta donde habita la paz. Ese piloto sabe que para transitar por el orden superior donde todo se controla, solo se logra subiendo más arriba (al mundo de la conciencia despierta) y así modificar sus vuelos rasantes y rastreros –el reino del caos y la confusión- para elevarse hacia la zona de la estabilidad y de la luz. El precio de la verdadera seguridad es el bendito ascenso. Por tanto, Chile se salva desanclándose, desaferrándose del apego hacia lo que ya ha construido, lejos de las orillas bajas, placenteras y fáciles: o navegando con su barco hacia alta mar –encima de la ola fatídica- muy distante de las colisiones de los

buques costeros que peligrosamente allí anclados se sueltan todos cuando viene el maremoto y se arrasa un puerto, (los marinos de la Armada de Talcahuano salvaron sus buques de guerra porque un grupo de valientes bajó oportunamente a tierra a *soltar las amarras*). O bien, cuando llegue la tembladera, la nación se salva caminando armónicamente en pareja y abierto a los dones del Cielo, bien alto, allí en las pirámides circulares de los Andes ... Porque cada vez que tiemble, lo cierto es que Chile se salva cambiando de ruta de navegación; es decir, modificando su pobre conocimiento “rasante” (solo a nivel de efectos “científicos” visibles , no de causas invisibles”). Chile –y el mundo futuro con él, porque este país, ya es el epicentro y el nuevo paradigma del cambio colectivo mundial que viene y que la tierra comienza ya a ensayar antes del 2012- *solo se salva residiendo en el Treng-Treng, en una Montaña Sagrada*, habitando y construyendo nuestra gran y estable pirámide interior (más que exterior). Y cada terremoto, recalcitrante y porfiadamente, cada veinticinco años nos lo recuerda...y no sólo a Chile...

-

Si Chile – nos lo insistía en 1987 el ya citado autor francés André Frossard- *“es un país en el cual hay mas cielo que en ninguna otra parte...Yo espero que Chile nos dé un día noticias del Cielo si se consagra a ello en profundidad, independiente de las tareas que tiene que llevar a cabo diariamente por las necesidades del progreso”*. Por tanto, el sino ontológico de Chile es el mismo destino ontológico de la humanidad y del resto de los países de Latinoamérica, particularmente los andinos: vivir para subir al Cielo en donde está nuestra raíz ontológica, *subir y evolucionar para Ser*; renacer cuantas veces sea necesario para elevarse a las cumbres del Espíritu, porque *“para nacer hemos nacido”*. Para este *despertar de la conciencia* es que nos visitan los terremotos, éste es el regalo mayor que esconde ese extraño papel de su envoltura, hecho de celulosa sísmica y desastre.

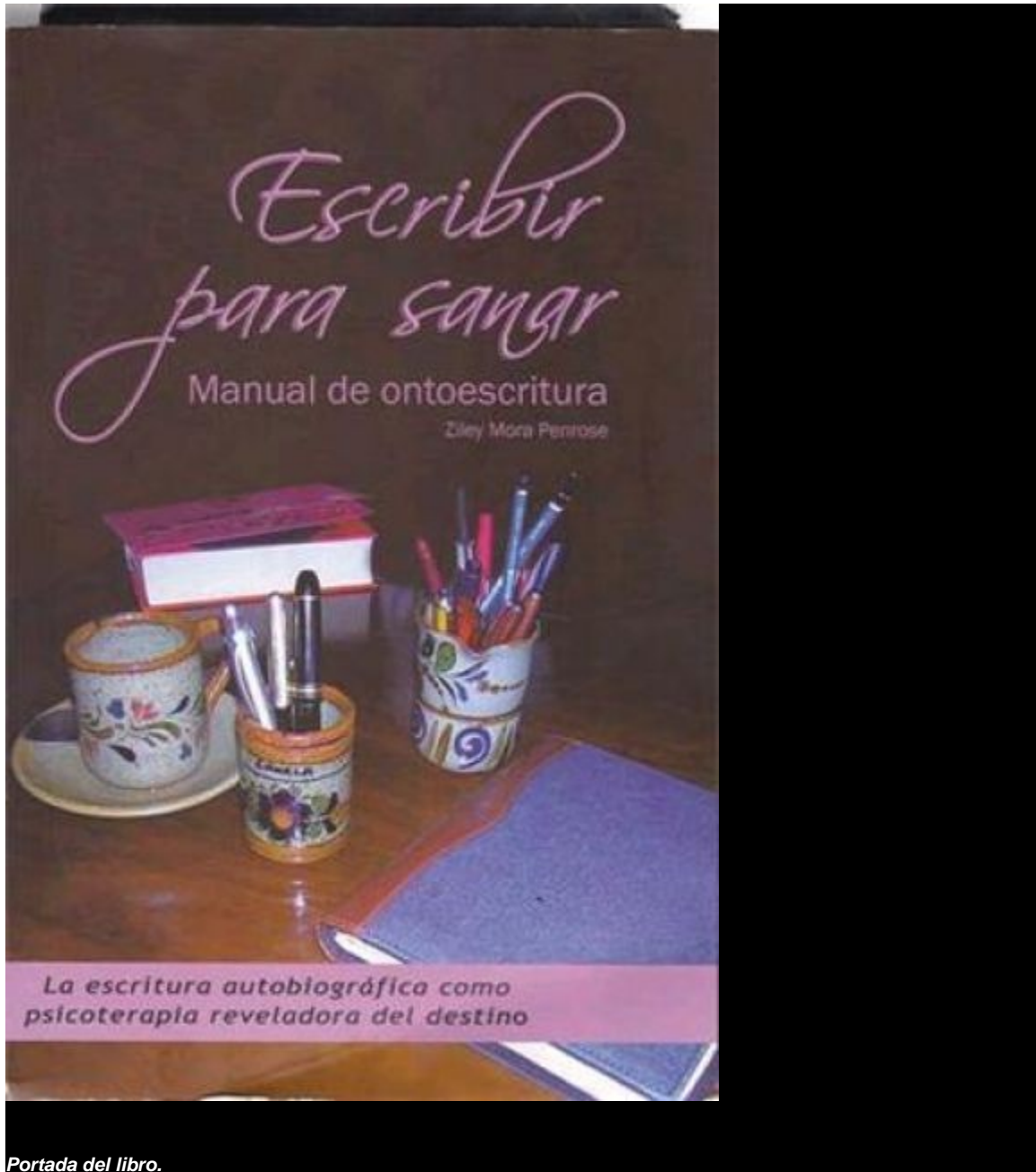
-

Desde Concepción, el epicentro del terremoto, a dieciocho días del mes de Marzo, y a diecinueve de la última y más reciente oportunidad que tuvimos para subir el Treng-Treng sagrado...

La ontoescritura o cómo reescribir nuestra historia para que sanemos



Escrito por Mónica Piñera* Jueves, 25 de Febrero de 2010 23:09



La ontoescritura es una disciplina en la que a través de historias escritas sobre la propia vida, el ser humano puede reinventarse, sanarse y salvarse, en opinión de su creador, el filósofo y escritor chileno Ziley Mora Penrose.

“Nosotros hemos pasado por muchos eventos en nuestra historia personal. Nuestra memoria está llena de situaciones gratas: cumpleaños, navidades, viajes, amistades que ya se fueron, olores que asociamos a algún evento. Pero también de situaciones desagradables”, explica.

De lo que se trata la ontoescritura es hacer una buena obra con ese barro de recuerdos y elaborar una figura preciosa. Por lo tanto, la tarea es re escribir una historia que quedó mal escrita cuando éramos niños, y así quedó grabada en nuestra alma y en nuestra memoria, de un modo inadecuado. Las que etiquetamos, encasillamos y les pusimos un nombre. Las que en ocasiones nos impiden avanzar.

La Ontoescritura nace de tres fuentes, indica su creador. De la visión indígena del mundo y la enfermedad; las tradiciones religiosas y filosóficas de Occidente, que afirman que la persona que se sana es la que desarrolla su ser espiritual, y de las lenguas antiguas.

“En muchos casos nos enfermamos por las interpretaciones que hacemos del lenguaje, porque construimos un mundo en base a premisas erradas que luego repercuten en la salud, sea física o psicológica”, explica.

Para Ziley Mora, la escritura, junto con la medicina y la agricultura, son los grandes dones que nos heredaron los dioses. En Egipto se escribía para sanar y para salvarse. No para frivolidades, dice. “Por eso es sagrada la escritura, porque permite corregirnos, reinventarnos, volver a hacer nuestra vida”.

Comparte su método en el libro *“Escribir para sanar. Manual de Ontoescritura”*, mediante el que pretende llevar a la decisión de escribir, buscando los sucesos y las experiencias de lo vivido para reflexionar mejor sobre ellas. De esta manera Ziley Mora invita a buscar otra manera de ver e interpretar las situaciones, “a recapitular nuestra vida, sobre todo cuando esta cerca la muerte, por eso debemos tener listo nuestro libro”.

Aclara que no es tan simple como escribir un diario o una memoria autobiográfica. Lo que está en nuestra vida no son las cosas que vivimos ni los años que tenemos. “Yo soy lo que recuerdo que viví y como lo recuerdo para contármelo a mi y a los demás. Eso soy”.

Cada quien es lo que decide, no los recuerdos guardados en la memoria que, considera, no es tan certera como podría parecer. Dice que la memoria es un misterio y no sirve para grabar, de lo contrario, Dios nos hubiera proporcionado un instrumento más fiel, “una especie de cámara de video

que grabe noche y día, que se conserve todo, que no se traicione nada. Pero resulta que no es así”.

Para que quede claro, la ontoescritura se trata de elegir recuerdos, por eso su libro es un manual que va llevando de la mano al lector para saber cómo y qué elegir para escribir. La propuesta es que sean los recuerdos que empoderen a la persona.

“No se trata de justificar ni de mejorar las cosas. Se trata de verlas mejor, desde otro lado. No se trata de azucarar lo que fue duro, ingrato o doloroso. Se trata de ver las cosas desde otro ángulo, desde otra perspectiva. Cambiar la posición desde donde siempre hemos leído nuestra historia personal”.

Y procesar esos recuerdos requiere de valor, paciencia y serenidad para dar justo donde más duele, porque ahí está el valor. Se trata de elegir los recuerdos que nos iluminen, que tengan relación con nuestra visión personal, los que tienen que ver con nuestra misión en la vida, eso son los que valen la pena para rescatar del olvido, concluye Ziley Mora.